

---

---

## SEGUNDA PARTE

---

DESDE LA EXPULSION DE BÉLGICA HASTA LA ENTRADA EN EL SENADO

### PARÍS

Victor Hugo fué expulsado de Bélgica, y este acto violento solo tiene importancia para los que le cometieron. Los gobiernos consiguen sacar al hombre de su país, pero no sacarle de su derecho. Lo que acababa de hacer Víctor Hugo en Bélgica quiso continuarlo en Francia, y volvió á París, en el que el estado de sitio, los Consejos de guerra, las deportaciones y las sentencias de muerte habian creado una situacion dolorosa y trágica. Los gobiernos hoy solo saben pacificar por medio de la violencia, y quiso combatir esa falsa pacificacion y reclamar la pacificacion verdadera. Además veia que la Francia se eclipsaba, y salió á la defensa de la Francia. El buen ciudadano siente la presion de su conciencia. El deber es imperioso y urgente. Además de los deberes políticos, Víctor Hugo tenia que cumplir los deberes literarios.

#### I.

A los redactores de „Le Rappel”.

Mis queridos amigos:

*Le Rappel* vá á reaparecer, y antes de que vuelva á mi soledad y á mi silencio me pedís que os dirija la palabra. Sois

luchadores heróicos, que volveis á emprender el esfuerzo rudo y cotidiano de la propaganda de la verdad, y esperais, con motivo, el apretón de manos que el veterano escritor, que está separado de las polémicas y de las luchas de la prensa, debe dar al combatiente de todos los dias, que se llama periodista. Subo una vez más á vuestra tribuna para tomar la palabra, para descender pronto de ella y confundirme con la muchedumbre. Hablaré una vez y despues me dedicaré á escuchar.

Jamás han tenido los escritores deberes que cumplir tan grandiosos y tan difíciles como en estos momentos, en los que se trata de levantar á la Francia.

¿Levantar á la Francia para ella misma? No, para el mundo. No se enciende la antorcha para la antorcha; se enciende para los que están á oscuras; para los que están en las cuevas y tocan á tientas las paredes funestas del obstáculo; para los que les falta guía, calor y valor para adquirir la certeza del camino que deben seguir; para los que tienen sombrío el horizonte, el trabajo, el itinerario y la conciencia; para los que necesitan ver claro en su caída y en su ascension. Debe encenderse la antorcha hasta para el que la apagó, y que al apagarla se quedó ciego; para la Alemania es preciso levantar á la Francia. Porque la Alemania es esclava y de Francia re-

cibirá la libertad. La ilustración emancipa.

¿Pero cómo encender la antorcha, cómo levantar á la Francia?

Eso es difícil, pero sencillo.

Es preciso hacer saltar la chispa. ¿De dónde? Del alma del pueblo.

El alma del pueblo no muere nunca; se oculta como los astros, pero de repente lanza su claridad y reaparece.

Francia poseía dos grandezas; la grandeza material y la moral. Solo se ha atentado contra su poder material, pero su poder intelectual lo conserva íntegro. Se puede cercenar un territorio, pero no los rayos de la luz. La civilización apenas conoce á Berlin, y vuelve la cara hácia Paris. Después de todos los desastres, le quedan á Francia aun todos los pueblos; ha perdido dos provincias, pero conserva el mundo.

Se verifica en ella el fenómeno de Atenas y el fenómeno de Roma, que nace de un elemento profundo: del arte. Ser la nación del ideal, es ser la nación del derecho; ser el pueblo de lo bello, es ser el pueblo de lo verdadero.

Ser coloso no es nada, no siendo espíritu. La Turquía fué coloso, la Rusia lo es, el imperio alemán lo será; pero son enormidades compuestas de tinieblas, gigantes reptiles. El gigante con alas es arcángel. La Francia es suprema porque es alada y luminosa. Porque es la gran nación literaria, es la gran nación revolucionaria. La Marsellesa es al mismo tiempo su canción y su espada. El año 1789 necesitaba tener por prefacio la Enciclopedia. Voltaire prepara á Mirabeau. Si suprimís á Diderot, no hubiera existido Danton. Si se hubiera secado el gérmen Rousseau al principio del siglo diez y ocho, se hubiera secado también, por contragolpe, al fin de dicho siglo, el gérmen de Robespierre. Son estas relaciones impenetrables, misteriosas influencias, complicidades del ideal con lo absoluto, que la filosofía hace constar, pero que no son justificables ante los consejos de guerra.

El periódico, pues, como el escritor, tiene que desempeñar dos funciones; la función política y la función literaria. Estas dos funciones en el fondo no son más que una, porque sin literatura no hay política. No se realizan revoluciones con mal estilo. Por ser grandes escritores, Juvenal cura á Roma y el Dante fecunda á Florencia.

Ya que quereis que os diga cómo opinó en esta materia, precisemos la misión

del periódico tal como la comprendo en esta situación.

El siglo diez y nueve, aumentador lógico de la revolución francesa, ha empeñado con el pasado dos batallas, una política y otra literaria. La primera, la batalla política, entregada á los reflujos más contrarios, está aun confusa y oscura; la segunda, la batalla literaria, está ya ganada. Por eso debemos continuar el combate en la política y abstenernos en la literatura. El que venció y conquistó debe pacificar. La paz es la deuda de la victoria.

Celebremos, pues, en beneficio del progreso y de las ideas la paz literaria. La paz literaria será el principio de la paz moral. En mi opinión, precisa dar ánimo á todos los talentos, ayudar á todas las buenas voluntades, secundar todas las tentativas, saludar á los jóvenes de ingenio, coronar las antiguas glorias. Obrando así se realzará la Francia, y realzarla es levantarla. Este es el gran deber.

Lo que acabo de decir no se refiere á un solo periódico, ni á un solo grupo de escritores, sino que se refiere á la literatura entera. Ha llegado ya el momento de renunciar á los disentimientos y á los odios. Hay que tener alianza, fraternidad y concordia. La Francia militar ha doblado las rodillas, pero la Francia literaria permanece en pié. Respetemos este magnífico lado de nuestra gloria, que la Europa envidia.

Denigrarse unos á otros es detestable, y el extranjero se aprovecha de la denigración. Nuestras disensiones y nuestros insultos recíprocos le dan derecho á tener insolente ironía. Mientras él nos mutila, nosotros nos arañamos. Nos hace llorar y nosotros le hacemos reír. Cesemos de engañarnos á nosotros mismos. Ni los alemanes ni los ingleses incurren en este error. Observad cómo elogian hasta famas insignificantes; aunque fueran indigentes declararían que eran opulentos. Nosotros, que somos ricos, no debemos tener apariencias de pobres. En lo que somos vencedores, no manifestemos modestia de vencidos. No juguemos á ser nuestros propios enemigos. No tratemos de disminuir este gran siglo literario, que la Francia debe añadir con orgullo á los tres anteriores. Confesemos que este siglo empezó con esplendor y continúa brillando. Hagamos constar, para honra de nuestro país, todos los éxitos, antiguos y modernos. Ser buenos compañeros es ser buenos patriotas.

Hablando de este modo á vuestras nobles inteligencias, me adelanto á vuestro pensamiento, y os quiero hacer observar que, al dar este consejo á todos los escritores, permanezco fiel á la costumbre de mi vida entera. Siendo muy joven, en una epístola dirigida á Lamartine, dije:

*Poete j' eus toujours un chant pour les poetes;  
et jamais le laurier qui pare d' autres tetes  
n' a jeté d' ombre sur mon front (1).*

Celebremos la paz de la literatura y hagamos la guerra en la política: desarmémonos donde podamos desarmarnos, para combatir mejor donde el combate es necesario.

En estos momentos atacan á la República en su propia casa, esto es, en Francia, tres ó cuatro monarquías; el pasado real, el teocrático y el militar combaten cuerpo á cuerpo con la revolución. La revolución vencerá pronto ó tarde; tratemos de que sea pronto. Luchemos. Algo vale adelantar algunas horas.

Por esta parte levantamos también á la Francia. Francia es sinónimo de libertad. Si vence la revolución, vencerá Francia.

Lo que pone á la revolución en riesgo, el fenómeno artificial, pero grave, que es preciso sobre todo combatir, el gran peligro, casi su único peligro, es el siguiente: la victoria de la ley sobre el derecho. Merced á ese funesto prodigio, la revolución puede depender de una Asamblea. En estos momentos se vé casi en todo que la legalidad vicia por infiltración á la verdad y á la justicia. La ley oprime al derecho; le oprime en la penalidad, introduciendo en ella lo irrevocable; en el casamiento, introduciendo en él también lo irrevocable; en la paternidad, que deforma y á veces falsea con axiomas romanos; en la educación, de la que retira la igualdad, suprimiendo que sea gratuita; en la instrucción, que es facultativa y debía ser obligatoria; en el trabajo, cuyo organismo enreda; en la prensa, de la que excluye al pobre; en el sufragio universal, del que excluye á la mujer. Produce grave desorden exagerando la ley. Lo que pone de exceso en la ley, se lo quita al derecho.

Los gobernantes, ya sean Asambleas soberanas, ya príncipes, se hacen ilusiones. Recordemos lo que debe sobreentenderse en la Asamblea de Burdeos, que luego fué la Asamblea de Versalles y

(1) Poeta, siempre he tenido un canto de elogio para los demás poetas, y nunca el laurel que corona otra frente ha proyectado sombra en la mía.

que aun no es hoy la Asamblea de Paris. Esa Asamblea, á la que tengo el honor de no pertenecer ya, vió el plebiscito del 8 de Mayo y creyó que todo era posible por medio del sufragio universal; pero se equivocó. Hay inclinación actualmente á abusar del poder del plebiscito. Debe procurarse el fin del gobierno directo del pueblo para el pueblo, pero se debe desconfiar del plebiscito; antes de servirse de él es importante definirlo: la política es matemática, y no debe emplear ninguna fuerza que no sea precisa; la longitud de la palanca debe ser proporcionada á la masa del obstáculo. Pues el plebiscito no puede levantar el derecho, ni mudarlo de sitio, ni cambiarlo. El derecho preexiste. Existía antes y existirá después. Existe antes que el pueblo, como la moral existe antes que las costumbres. El derecho crea el sufragio universal; el sufragio universal crea la ley. Ved, pues, la enorme distancia que separa la ley del derecho y la inferioridad de lo que es humano sobre lo que es eterno. Todos los hombres reunidos no conseguirían crear un derecho, y yo, que os hablo, he creado durante mi vida muchas leyes. La ley empleando el sufragio universal para destruir el derecho, es la hija empleando al padre para matar al abuelo. ¿Hay algo más monstruoso? Tal es, sin embargo, la ilusión de los que se imaginan que se puede someter la República á votación; dar al sufragio universal de hoy la soberanía sobre el sufragio universal de mañana, y suprimir el derecho absoluto del hombre con el capricho momentáneo del individuo.

Actualmente el antagonismo de la ley y del derecho es visible; la sublevación del inferior contra el superior es flagrante.

Esto embaraza á las conciencias, porque las inquieta ver que el derecho y la ley caminan en sentido contrario; el derecho hácia el porvenir, la ley hácia el pasado; el derecho colando los problemas sociales, la ley colando los expedientes políticos; ésta descendiendo y aquel ascendiendo, con peligro á cada instante de chocarse. Esto es temible.

Las cuestiones permanentes se agravan con las cuestiones momentáneas; las primeras son apremiantes, las segundas urgentes. La disolución de la Asamblea, la indagación jurídica de los hechos de Marzo y de los hechos de Mayo y de Junio y la amnistía, son de gran trabajo y de gran responsabilidad para el escritor. Al lado de las cuestiones que amenazan

se-presentan las cuestiones que suplican. Los calabozos, los pontones, las manos juntas de las mujeres y de los niños, las familias separadas, parte de cada una en un granero y la otra parte en una casamata. Amigos míos, pidamos todos á una voz la amnistía, que tenemos encima el invierno. Supliquémosla, exijámosla por interés de todos. La curacion local es curacion general; cerrando la llaga en el pié se quita la fiebre del cerebro.

Consigamos la amnistía ante todo y pronto. Liguemos la arteria, que es lo que más apremia. Hagamos que conozca el poder que en este asunto la prontitud es habilidad. Bastante se ha titubeado ya; las clemencias tardías agrían. No resistais á la presion soberana de la opinion; dad la amnistía voluntariamente ó á la fuerza.

La amnistía favorece á los que la dan y á los que la reciben, y tiene de admirable que favorece á entrambas partes.

Amigos míos, los pontones devoran las existencias; sabiendo que perecen en ellos tantos hombres, no puedo resignarme á que perezca ni uno más.

Presenciamos en estos momentos el triunfo terrible de la muerte, cuando creíamos que estaba vencida, vencida en la ley y en la diplomacia. En el 93, un año de guillotina replicó formidablemente á doce siglos de horca, de rueda y de descuartizamiento de la monarquía, y despues de la revolucion pudimos creer que iba á suprimirse el cadalso; despues se entabló una batalla de quince años, y terminado el imperio de Napoleon, pudimos creer que la guerra se habia extinguido. La pena capital, abolida en todas las conciencias, empezaba á desaparecer de todos los Códigos; veintisiete gobiernos en el antiguo y nuevo continente la habian abolido; la paz se hacia en la ley y la concordia nacia entre las naciones. Los jueces no se atrevian ya á condenar á los hombres á morir en el patíbulo, y los reyes no se atrevian ya á condenar á los pueblos á morir en la guerra. Los poetas y los filósofos habian conseguido ese resultado magnífico. Los Tyburn y los Montfaucon se abismaban en su vergüenza y los Austerlitz y los Rosbach en su gloria. Estaba ya admitido el principio de la inviolabilidad de la vida humana, y por primera vez, despues de seis mil años, el género humano respiraba con libertad. El gran Titán consiguió quitarse del pecho el peso de la montaña de la muerte. La verdadera civilizacion iba á empezar.

De repente se levanta el año 1870, llevando la espada en la mano derecha y en la izquierda el hacha. Reaparece la muerte, y la espantosa Jano presenta sus dos caras de espectro, la de la guerra y la del suplicio. Se oye este espantoso grito: Represalias! La pena imbecil del Talion aparece, provocada por la guerra extranjera y por la guerra civil. Ojo por ojo, diente por diente, provincia por provincia. El asesinato, bajo las dos formas de batalla y de matanza, se lanza primero sobre la Francia y despues sobre el pueblo; hay europeos que conciben el proyecto de suprimir la Francia y franceses que maquinan el crimen de suprimir á Paris. Hé aquí la situacion en que nos encontramos.

En vez de la afirmacion que deseaba el siglo, tropezamos con la negacion. El patíbulo, que era ya una larva, adquiere vida real; la guerra, que era un fantasma, es necesaria. Su desaparicion en el pasado se complica con la reaparicion en el porvenir, y en estos momentos las madres amamantan á sus hijos para la tumba; hay una deuda pendiente entre Francia y Alemania y llegará la revancha. Mientras la revancha se levanta por fuera, la venganza se levanta dentro, ó por otro nombre, la vindicta pública. Se ha verificado el progreso de arrimar los pacientes á la pared en vez de acostarlos en una plancha y de reemplazar la guillotina con la ametralladora. Todo el terreno que creíamos haber ganado lo hemos perdido, y el mónstruo vencido queda victorioso, y el sable reina bajo la forma del hacha del verdugo y bajo la forma de la espada del soldado.

Afirmemos la vida, afirmemos el progreso, la justicia, la libertad, el ideal, la bondad, el perdon y la verdad eterna. En estos momentos la conciencia humana anda á tientas, y esto es lo que produce el eclipse de la Francia. Porque quise ser clemente me apedrearon en Bruselas. Levantemos é ilustremos á la Francia. Todos los franceses tendemos á ser más hombres que ciudadanos, más cosmopolitas que nacionales, más hermanos de la humanidad que hijos de una raza local; conservemos esta tendencia, que es útil, pero convenzámonos de que Francia no es una pátria como otra cualquiera; convenzámonos de que es el motor del progreso, el organismo de la civilizacion, el pilar del conjunto humano, y de que cuando se tambalea, todo cae. Hagamos constar que el actual retroceso moral de las naciones corresponde á los pasos há-

cia atrás que ha dado la Francia; contemplemos el terror que se ha apoderado de los pueblos y hagámoslo cesar restaurando á la Francia. Estrechemos entre nosotros el vínculo nacional y reconozcamos que hay momentos en la historia en los que el mejor modo de amar á la pátria es amar á la familia, y que el mejor modo de amar á la humanidad es amar á la pátria.

VÍCTOR HUGO.

Paris 31 Octubre 1871.

## II.

A. M. Leon Bigot, abogado de Maroteau.

Paris 5 Noviembre 1871.

Leí vuestra excelente Memoria y aplaudo vuestros generosos esfuerzos. La adhesion que solicitais de mí la teneis por completo.

La cuestion que juzgais como legista, yo la juzgo como filósofo. El problema que planteais perfectamente, con elocuente lógica bajo el punto de vista del derecho escrito, aparece á mis ojos con más claridad y con mayor grandeza bajo el punto de vista del derecho natural. A cierta altura el derecho natural se confunde con el derecho social.

Defendeis á Maroteau, á ese jóven que era poeta á los diez y siete años, soldado patriota á los veinte, y que tuvo en la fúnebre primavera de 1871 un acceso de fiebre, que le hizo publicar la pesadilla de su calentura, y que hoy, por haber escrito esa página fatal, vá á los veintidos años, si no se le salva, á ser fusilado y á morir antes casi de haber vivido. No se habia visto hasta ahora que se condenase á nadie á muerte por escribir un artículo en un periódico. En la defensa pedís la vida del reo.

Yo pido la vida para todos los reos; para Maroteau, para Rossel, para Ferré, para Lullier, para Cremieux y para las tres desgraciadas mujeres, Marchais, Suetens y Papavoine, reconociendo que llevaban escarapelas rojas, que Papavoine tiene fama repugnante, que estaban en las barricadas combatiendo, segun dicen sus acusadores; recogiendo los heridos, segun ellas declaran. Además, está probado que una de ellas es madre, y que al oír leer su sentencia de muerte, ex-

clamó:—*Bien, ¿pero quién mantendrá á mi hijo?*

Pido la vida de este hijo. *Quién mantendrá á mi hijo?* La plaga social completa se encierra en esas palabras. Comprendo que habré parecido ridículo la semana pasada al pedir la union de los franceses ante las desgracias de la pátria, y que tambien pareceré ridículo esta semana pidiendo la vida de esos sentenciados; pero me resigno á parecerlo. En este caso vá á morir una madre y de rechazo un niño. La madre puede ser culpable, pero el niño no.

Declaro que me afecta la idea de que un inocente purgue nuestras faltas; la justicia es la única excusa de la penalidad irreparable, y es siniestra la ley cuando hiere de soslayo. La justicia humana, cegando bruscamente los manantiales de la vida á un niño, asombra á la justicia divina; es extraño este mentís dado al orden en nombre del orden, y es impío que nuestros imperfectos Códigos transitorios y nuestras sentencias míopes indignen á las leyes eternas. No se tiene derecho á matar á la madre cuando de rechazo se mata al hijo. Me parece oír la voz profunda de lo desconocido que grita á los hombres: *¿Qué es lo que haceis?* Y me quedo inquieto cuando veo que se vuelve hácia la sociedad la sombría y estupefacta mirada de la naturaleza.

Dejando aparte al inocente condenado, voy á ocuparme de los otros reos.

Para aquellos á quienes basta la apariencia de orden, las sentencias de muerte tienen una ventaja, que producen el silencio. Pero no siempre; es peligroso producir violentamente falsa calma. Las ejecuciones políticas prolongan subterráneamente la guerra civil.

Se me objeta que esos miserables, cuya sentencia de muerte me preocupa, no tienen nada que ver con la política, que son delincuentes vulgares, culpables de crímenes ordinarios, previstos por la ley penal de todos los tiempos.

Entendámonos. Nada me importa que todo el mundo esté acorde con la excelencia de esas condenas: cuando se trata de juzgar á un enemigo, debemos recelar del consentimiento furioso de la multitud y de las aclamaciones de nuestro propio partido; examinemos á nuestro alrededor su estado de rabia, que es un estado de locura; no nos dejemos arrastrar á las severidades que nos piden y temamos complacer á la cólera pública. Desconfiemos de ciertas palabras, como

estas: *delitos ordinarios, crímenes comunes*, que son palabras ligeras y fáciles de aplicar á sentencias excesivas, porque esas palabras tienen el inconveniente de ser comodines, y en política los comodines son peligrosos. No aceptemos los servicios que pueden prestar las definiciones mal dadas; la elasticidad de las palabras corresponde á la cobardía de los hombres. Es fácil confundir á Marat con Lacenaire, pero por este camino se vá donde no se debe ya ir.

La Cámara de 1815, si se hubiera reunido veinte años más pronto, si por casualidad hubiera vencido á la Convención, habría encontrado excelentes motivos para declarar malvada á la República: 1815 hubiera declarado al 93 justiciable por la penalidad ordinaria, y no hubieran faltado en su proceso las matanzas de Setiembre, las muertes de obispos y de sacerdotes, la destrucción de monumentos públicos, ni el ataque á la propiedad privada; el terror blanco hubiera encausado al terror rojo; la Cámara realista hubiera declarado á los convencionales confesos y convictos de delitos comunes, previstos y castigados por el Código penal: les hubiera enviado á la horca ó á la rueda, suplicios que restauró la monarquía; hubiera considerado á Danton como un degollador, á Camilo Desmoulins como provocador al asesinato, á Saint-Just como un asesino y á Robespierre como un malhechor, y á todos les hubiera dicho que no eran hombres políticos. La opinión pública hubiera contestado que era verdad, hasta el día en que la conciencia humana hubiera replicado que eso es falso.

No basta que una Asamblea ó un tribunal que arrastra sables diga: "Esto es", para que sea. No se puede decretar contra la conciencia humana; ésta se aturde, pero cuando vuelve en sí, se recoge y examina. Los hechos mixtos no pueden apreciarse como hechos simples; la frase *turbaciones públicas* no está vacía de sentido; existen acontecimientos complejos, en los que á cierta cantidad de atentado vá unida cierta cantidad de derecho. Cuando la conmoción cesa, cuando las fluctuaciones acaban, la historia llega y mide los hechos con el compás de su razón; dice entonces á los primeros jueces: "El 93 salvó el territorio, el Terror impidió la traición, Robespierre acabó con la Vendée, Danton tuvo en jaque la Europa, el regicidio mató la monarquía; el suplicio de Luis XVI hace imposible en el porvenir el suplicio de

Damiens; la expoliación de los emigrados restituyó los campos á los labradores y la tierra al pueblo; Lyon y Tolon destruidos cimentaron la unidad nacional; veinte crímenes produjeron un beneficio; la revolución francesa."

Sé conservar las proporciones y no asimilar los reos de hoy á los gigantescos luchadores de ayer más que en un solo punto; en que unos y otros son combatientes revolucionarios y solo se les puede reprochar hechos políticos; la historia separará de ellos las calificaciones de delitos comunes y crímenes ordinarios; condenándolos á la pena capital, lo que se hace es restablecer el patíbulo político, y esto es espantoso; es ir hácia atrás, es desmentir el progreso. Es insensato hacer retroceder hácia la oscuridad la marcha del género humano. En la civilización siempre se retrocede hácia el principio.

Me conmueven estos criminales, estas criaturas humanas que están en peligro; pero me conmueve mucho más el peligro que corre la civilización.

Se me objetará también que se obra así para evitar el precipicio, que yo lo veo detrás y que ellos lo ven delante, y que para ellos como para mí se trata de la salvación social, que yo la encuentro en la clemencia y ellos en el castigo.

Acepto la discusión puesta en este terreno: la discusión presentada de esta manera no es más que la antigua lucha de lo justo con lo útil. De nuestra parte está lo justo; veamos si está de la vuestra lo útil.

Habéis condenado á muerte á esos reos y vá á ejecutarse la sentencia en nombre de la salvación pública, como decís. Coloquémonos bajo ese punto de vista. No se puede huir de este dilema: ó la ejecución es necesaria, ó no lo es. Si no es necesaria, es matar por matar, y esto es repugnante; si es necesaria, salvará á la sociedad. Vamos á ver si sucede esto.

En estos momentos están dilucidándose cuatro cuestiones: la monetaria, la política, la nacional y la social; es decir, que los cuatro equilibrios que constituyen nuestra vida están comprometidos; el equilibrio de hacienda por la cuestión monetaria, el equilibrio legal por la cuestión política, el equilibrio exterior por la cuestión nacional y el equilibrio interior por la cuestión social. Los cuatro vientos de la civilización soplan á la vez y la conmueven. Se oye crujir el edificio, sus fundamentos se agrietan, sus columnas se tuercen, los pilares se mueven; esto produce desconocidas an-

siedades. La cuestión política y la cuestión nacional se chocan; nuestras fronteras perdidas exigen la supresión de las demás fronteras; solo la federación de los pueblos puede conseguir esto pacíficamente, solo pueden dar la solución los Estados-Unidos de Europa, y la Francia solo recuperará la supremacía cuando la República francesa se transforme en República continental, que es el fin sublime y la ascensión vertiginosa á la cumbre de la civilización. Al mismo tiempo, el problema monetario complica el problema social; pero perspectivas oscuras se entrevén en todas partes: por un lado, colonizaciones lejanas, disquisiciones al país del oro, á la Australia, á la California, transmigraciones, variaciones de sitio de los pueblos; por otro lado, la moneda fiduciaria, el billete de Banco, la propiedad democratizada, la reconciliación del trabajo con el capital por medio del crédito; dificultades sin número, que un día traerán el bienestar y que en estos momentos producen miserias y sufrimientos. Tal es nuestra situación. Hé aquí el remedio que quereis aplicarla: matar á Maroteau, á Lullier, á Ferré, á Rossel, á Cremieux, á las tres desgraciadas Suetens, Marchais y Papavoine, poniendo solo entre el porvenir y nosotros el espesor de algunos cadáveres útiles para la prosperidad pública, y con esta panacea aseguraréis el crédito, renacerá la confianza, desaparecerán las inquietudes, se asegurará el orden y se tranquilizará la Francia en cuanto oiga la voz de un niño de teta que llame á su madre muerta en la oscuridad.

Situación tan extraordinaria, en la que ningún pueblo se ha visto nunca, la resolvéis abriendo siete ú ocho tumbas.

VICTOR HUGO.

### III.

A. M. Robert Hyenne,

Redactor en jefe de la *Democracia del Mediodía*.

Paris 2 Diciembre 1871.

Mi apreciable compañero: Los recuerdos que invocais están grabados en mi memoria: hace mucho tiempo que os conozco y que sé lo mucho que valeis. Fuisteis mi amigo en el destierro, y sois ahora el combatiente de la verdad y de la libertad. El talento y el valor de que estais dotado os aseguran el buen éxito

que ha de obtener el periódico la *Democracia del Mediodía*.

Atravesamos una crisis fatal. Después de la invasión vino el terrorismo reaccionario, y 1871 es peor que 1815. Después de las matanzas se ha restablecido el cadalso político. Funestas apariciones! Trestaillon reapareció en Junio y Bellart reaparece en Noviembre. Esas son las sangrientas réplicas con que contestan á los odiosos asesinatos de los generales Clément Thomas y de Lecomte; esto es el aumento de horror por medio del mismo horror. Ha sido una calamidad para la Francia el duelo entablado entre la Commune y la Asamblea.

La civilización está en peligro y estamos presenciando cómo se resbala por pendiente feroz.

Aconsejemos á las inteligencias pobres y perturbadas. Si el gobierno es míope, procuremos que no sea sordo. Pidamos sin cesar que se conceda amnistía, que no se derrame más sangre, que no se inmolen más víctimas, que se perdone á la Francia, que se desangra. Han suprimido el uso de la palabra á *Le Rappel*: los que podeis hablar aun repetid continuo grito de compasión y de fraternidad. No nos cansemos nunca de pedir la concordia y la paz; seamos el toque de rebato de la clemencia.

Estamos en el 2 de Diciembre. Hace veintidos años luchaba yo contra un crimen; se me perseguía, advirtiéndome que si me prendían me fusilarían, y esto no obstante seguí luchando. Luchemos ahora también.

Os estrecha la mano, apreciable compañero,

VICTOR HUGO.

### IV.

**El mandato por medio de contrato.**

El 19 de Diciembre Víctor Hugo recibió la siguiente carta:

"Paris 19 Diciembre 1871.

En vista de que la Asamblea desconoce el mandato de que está investida, es preciso que entre en nuestras costumbres el gran principio del *mandato imperativo*. A vos, que sois la primera gloria de la Francia, corresponde dar al mundo este primer ejemplo. Creeréis sin duda, como nosotros, que aceptar el mandato imperativo será realizar un acto de patriotis-